

Cuento de Cortesía

Extractado de la Versión Tapa Dura de Lujo de:

Seis Puertas que Nunca Debiste Cruzar

Autor: Guillermo Isaza Fiscó

Invitación y Fragmentos

Por qué leer *Seis Puertas que Nunca Debiste Cruzar* (o cualquier historia que desafíe lo prohibido)

Leer no es un pasatiempo: es un riesgo.
Cada palabra que atraviesas deja una huella en tu alma.

El lector verdadero no busca solo historias, sino umbrales: lugares donde la imaginación se transforma en presencia, y lo imposible se asoma.
En un mundo que vive con los ojos cerrados, abrir un libro como este es atreverse a mirar hacia adentro.

Las palabras aquí no solo cuentan: acechan.
Cada símbolo, cada silencio, despierta en quien las lee una puerta interior que tal vez era mejor no tocar.
Pero una vez abierta, nada vuelve a ser igual.

Quien compra y sostiene un libro así entre sus manos participa en un pacto de resonancia.
No es solo papel y tinta: es un espejo que devuelve lo que intentabas olvidar.

Porque estos relatos fueron escritos para quienes presienten que la oscuridad también enseña, y que solo quien se atreve a cruzarla descubre la verdadera luz.

Leer *Seis Puertas que Nunca Debiste Cruzar* —o cualquier obra que invite al misterio— es caminar por pasillos que se abren solos, donde el tiempo respira distinto y las paredes parecen recordar tu nombre.

Y quien se atreve a cruzar esas puertas, ya no vuelve igual.

Has abierto un umbral, no un libro.
Estas páginas son apenas la antesala de un viaje que desafía la cordura, la memoria y el sueño.

Los relatos que siguen no buscan explicarte nada, sino envolverte hasta que olvides dónde termina la realidad y comienza lo que nunca debiste conocer.

Aquí comienza el murmullo de los pasillos infinitos, el eco de voces que no saben que están muertas y la respiración de lo que aguarda detrás de cada puerta cerrada.

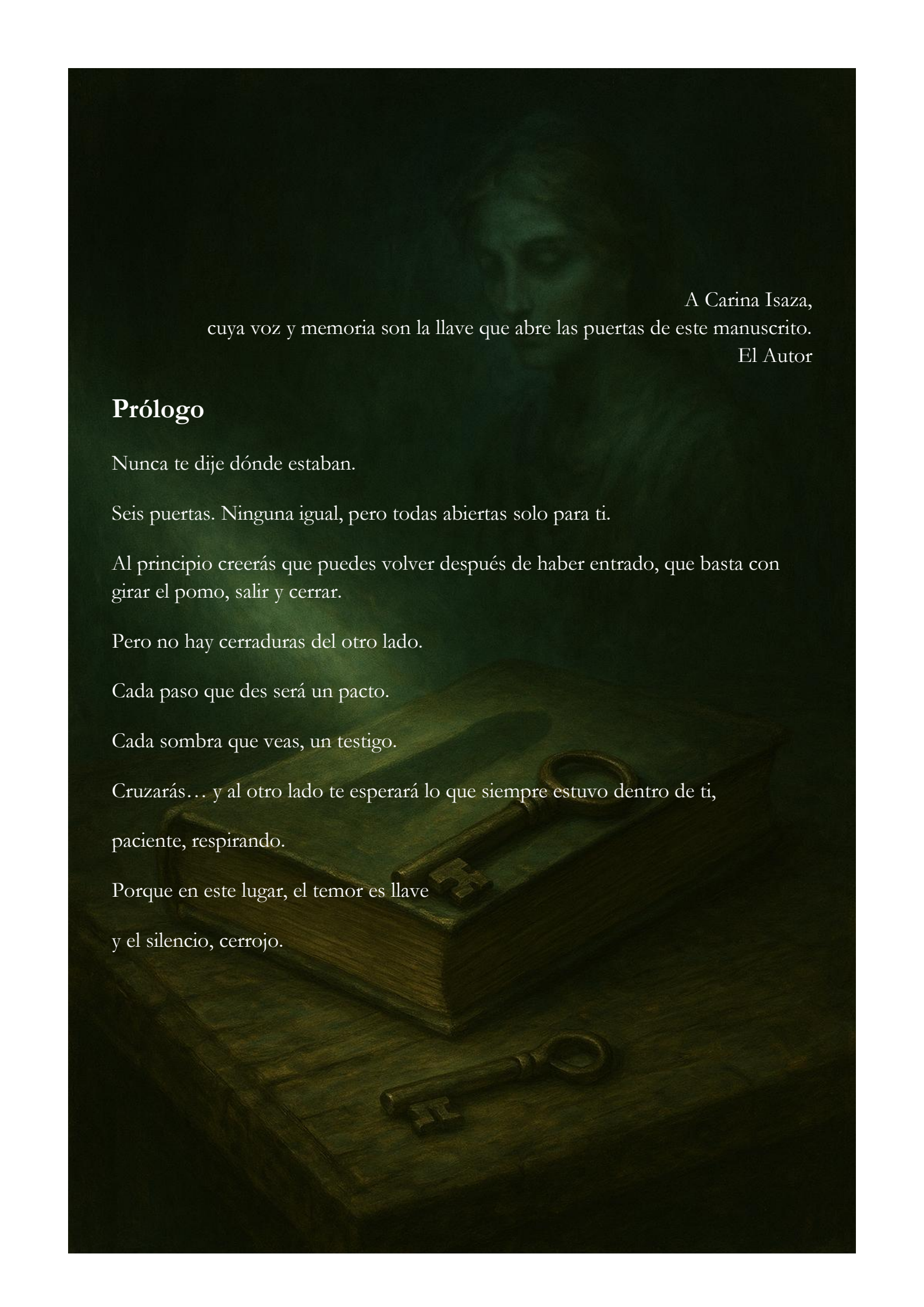
Si al cerrar estas páginas sientes que algo te observa... no temas.
O mejor dicho, teme un poco: eso significa que el libro te ha reconocido.

Bienvenido al primer umbral de ***Seis Puertas que Nunca Debiste Cruzar.***
Lo que aquí lees no es el inicio, sino la advertencia.

Si quieres adentrarte en la obra completa, la
encontrarás aquí en Amazon

Seis Puertas que
Nunca Debiste
Cruzar

Donde el miedo es llave y el silencio, cerrojo



A Carina Isaza,
cuya voz y memoria son la llave que abre las puertas de este manuscrito.
El Autor

Prólogo

Nunca te dije dónde estaban.

Seis puertas. Ninguna igual, pero todas abiertas solo para ti.

Al principio creerás que puedes volver después de haber entrado, que basta con girar el pomo, salir y cerrar.

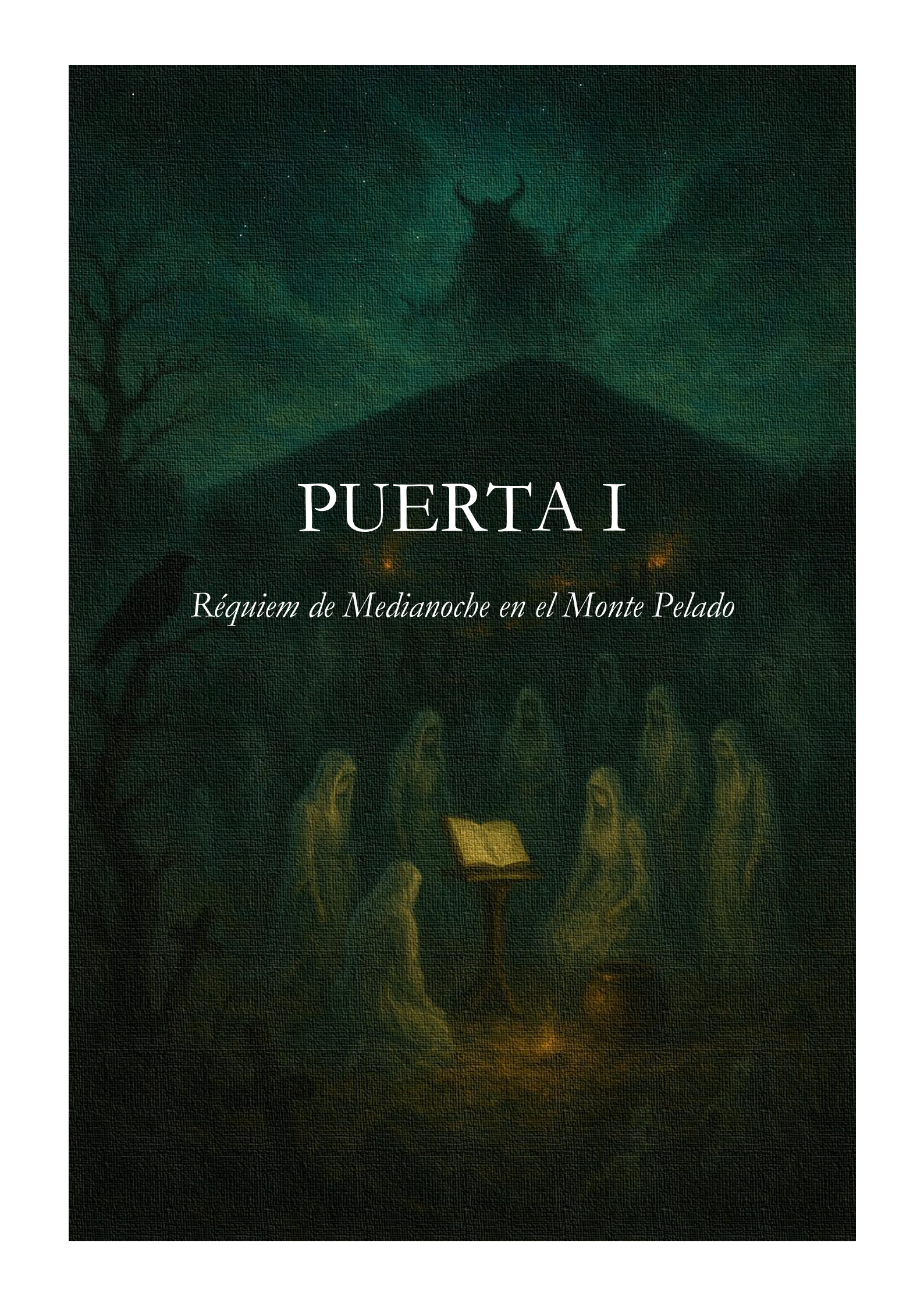
Pero no hay cerraduras del otro lado.

Cada paso que des será un pacto.

Cada sombra que veas, un testigo.

Cruzarás... y al otro lado te esperará lo que siempre estuvo dentro de ti, paciente, respirando.

Porque en este lugar, el temor es llave
y el silencio, cerrojo.



PUERTA I

Réquiem de Medianoche en el Monte Pelado

(Inscripción en la puerta)

Escucharás música donde no hay músicos...

Sentirás una batuta invisible marcando tu destino...

Y cuando el silencio caiga...

si pierdes el compás...

no habrá regreso: quedarás anclado, atrapado...

y consumido en estos Réquiem eternos.

Cuentan los viejos pastores de las colinas que, en la Noche de San Juan, cuando el solsticio se dobla y el fuego enciende las cimas desnudas, el Monte Pelado de Lysa Hora, en las afueras de Kiev, despierta.

El monte se alza como una colina oscura, recortada contra el cielo de verano. Por el este, los acantilados caen hacia el amplio cauce del Dniéper, que en las noches claras refleja la franja temblorosa de la luna.

Hacia el norte y el oeste, los bosques de abedules forman un anillo disparejo, con troncos blancos que parecen brillar incluso cuando la hoguera se extingue.

En lo alto, las laderas peladas del monte, libres de árboles por viejas leyendas de incendios rituales, guardan el silencio de los siglos.

El cielo del solsticio es allí casi metálico: un azul que nunca se apaga del todo y que, antes del amanecer, adquiere un resplandor verdoso, como si dudara entre la noche y el día.

A esa hora, el aire tiene un olor mineral, con un leve toque de humedad que asciende desde el río y se mezcla con el humo de las hogueras.

Dicen los pastores que la tierra, al respirar en esa fecha, deja escapar un aliento antiguo, y que, de entre sus grietas, se oyen acordes que ningún músico humano ha escrito.

Quien los oye ya ha cruzado la primera puerta, porque el miedo, lejos de ser obstáculo, es la llave que abre el rito.

Y todo lo que se abre... reclama.

La primera campanada golpeó rabiosamente, como piedra que cae en un pozo.

El monte, pelado, levemente vibra y respira.

La hierba cortaba como un aliento helado sobre la piel.

Todo parecía agitarse al compás de un murmullo que no venía del viento, sino del subsuelo, donde la tierra guardaba, húmedas, sus memorias más oscuras.

Una segunda campanada vibra, incrustándose entre los huesos, tensando las articulaciones hasta casi desgarrarlas.

Nadie ha encendido antorchas: no hace falta.

Un resplandor lechoso —como de luna enferma— filtraba el movimiento en las sombras de algunas mujeres que giran lentamente en círculo.

Huelen a hierbas machacadas, a humo frío, a lágrimas secas.

Niñas-no-niñas, ofrecidas como aprendices, divagan con los ojos muy abiertos, sosteniendo recipientes de barro, mordiendo el silencio.

La tercera campanada, en susurros, abre un zumbido subterráneo.

Alguien reza al revés; otra voz repite nombres que no son humanos.

Del borde del círculo se desploma un pájaro de plumaje negro: rígido, sin ojos, sin sangre, como si hubiese muerto envuelto en el olvido y solo ahora recordara que debía descender.

—No tengas miedo —dijo una voz a mi izquierda.

Me volví, y la mujer que me hablaba no me miraba a mí: miraba a través de mí—.

El miedo es emoción... es llave.

La cuarta campanada desató un coro discordante, sin bocas.

El fulgor tenue de los espíritus penetró, enredándose como humo ardiente entre las piernas delgadas de las congregadas.

Las aprendices, estremecidas, dejaron que el aire fosforescente se convirtiera en caricia; sus cuerpos temblaban con cada oleada, entre estertores y deseos que se confundían con miedo.

Respiraban al unísono: aspirar, contener, exhalar... una cadencia lenta, húmeda, que volvía al monte un único cuerpo, un solo pulmón excitado.

La más pequeña, marcada con ceniza en la frente, se arqueaba involuntariamente, como si cada espasmo fuese un llamado secreto.

Sus labios, trémulos, se abrían apenas, sin sonido, rozando la confesión de un gemido que no se atrevía a nacer.

—Di lo que viniste a decir —le susurró una figura encapuchada—. Nadie te escuchará más que él.

—¿Quién? —se atrevió la niña.

—El que no tiene morada ni nombre para los vivos.

Entonces, el círculo entero pareció tensarse.

No era un dios ni un espíritu: era algo más antiguo, algo que se alimentaba de lo que jamás debe ser pronunciado.

No habita en templos ni en tumbas, porque incluso los muertos le temen; vaga en los resquicios donde la memoria calla y el deseo arde sin forma.

Es el confesor de lo imposible, el oído sin rostro al que se entregan las palabras que no pueden sobrevivir en la luz.

Las aprendices sabían —aunque nunca se les enseñó— que todo lo susurrado en esa dirección no se pierde: se transforma en deuda, en sueño, en llama que arde en la carne.

Por eso la niña temblaba, porque entendía que hablarle equivalía a desnudarse más allá del cuerpo.

Siguió una quinta campanada, que no cayó en un solo lugar, sino que vagó inquieta por el monte.

Primero rebotó contra las piedras desnudas, arrancándoles un eco ronco; después descendió por las grietas húmedas del subsuelo, despertando insectos y raíces que parecían retorcerse al escucharla.

El aire, tenso, la condujo hacia los matorrales secos, que se inclinaron como si obedecieran a una brisa inexistente.

Luego atravesó el círculo, rozando las espaldas arqueadas de las aprendices y erizando su piel como un roce clandestino.

Solo entonces la campanada encontró su sitio en la ladera.

Allí se quebró en un murmullo grave, y de ese murmullo brotaron pisadas.

Pero, aparentemente, no había nadie.

Los pasos ascendían despacio desde la pendiente despoblada; cada huella que dejaban quedaba marcada con un negro persistente, como si la tierra misma quisiera recordar aquel fuego fatuo que corroía a los caminantes invisibles que se lanzaban a la cima para cumplir su destino.

En el suelo reposaban unos recipientes de barro que comenzaron a calentarse y a templarse.

Las aprendices, sumisas, mirando al cielo, los levantaron.

Dentro de cada uno algo palpitaba al ritmo de cada campanada, haciendo que las novicias ardieran en deseo.

La sexta campanada plegó la noche como un manto que se arruga, dejando al descubierto un firmamento más cercano.

Las estrellas, antes discretas, se encendieron con una violencia obscena, como si alguien las hubiera volteado hacia nosotras para que no pudiéramos escondernos. No eran vistas por ojos humanos: eran escrutadas por algo más.

Desde lo alto, una entidad sin contorno descendió hasta posarse sobre la copa reseca de un fresno que jamás debió crecer allí.

Su silueta titubeaba, incompleta, como si todavía estuviera eligiendo qué rostro, qué cuerpo, qué máscara adoptar para doblegar más dócilmente a las congregadas.

No tenía peso; y, sin embargo, todo alrededor se inclinaba hacia ella.

Entonces, una voz sin boca habló dentro de nuestras cabezas, grave como un hierro ardiendo:

—Yo no exijo; solamente confirmo.

—Chernobog —dijo alguien, con la naturalidad inquietante de quien reconoce a un vecino en plena calle.

La séptima campanada fue un filo que abrió la piel del aire y recorrió las espinas dorsales con un escalofrío líquido.

Los cuerpos, sensualmente, se curvaron hacia el centro, como si obedecieran a un imán secreto.

Las aprendices dejaron sus vasijas y se tomaron de las manos.

Sus uñas, de un oro sucio, brillaban bajo la luz enferma.

Los bustos palpitaban como si respiraran por sí mismos; los vientres, tensos, se arqueaban en una danza involuntaria, recogiendo en su curva todo el deseo que aún no era palabra.

—Nos prometieron visiones... no solo placer —susurró una de ellas, con el cabello recogido por un trozo de cinta.

La encapuchada inclinó apenas la cabeza, como si esa distinción la divirtiera:

—No prometimos. Tomen y devuelvan, en forma de sueño, sus más íntimos deseos.

—¿Y el cuerpo?

—El cuerpo, envuelto en deseos, sentirá... y aprenderá después.

La octava campanada arrancó a los muertos de sus lúgubres sueños y costumbres. No se levantaban del suelo: lo atravesaban, como si la tierra fuese solo un recuerdo.

Se incorporaban lentamente, ectoplasma como humo espeso que aprendía a ser figura.

Un niño con una cometa rota; una mujer con el vestido pegado a la piel por una lluvia de nostalgias acumuladas; un hombre que aún llevaba en los ojos la forma del río donde se hundió.

No miraban a nadie en particular, pero se paseaban entre ellas como si buscaran su propio nombre, su historia perdida.

Las novicias contenían la respiración, temiendo y deseando, al mismo tiempo, que alguna de esas sombras se inclinara hacia ellas.

Porque cada una escondía un anhelo que nunca había dicho: la más joven soñaba con el rostro de un padre que nunca conoció; otra deseaba el regreso de la risa de

su hermana muerta; una tercera temblaba al imaginar que, de entre los espectros, surgiría el amante que aún no había tenido.

La campanada había abierto las costuras del secreto, y lo íntimo vibraba en sus vientres y en sus pechos, latiendo al ritmo del ectoplasma que se volvía carne espectral.

—No los miren mucho... solo dejen que recorran sus cuerpos y se unan a su espíritu —les dijo una voz—. Si reconoces a uno, te lo llevas.

—¿A dónde? —preguntaron.

—A donde vayan cuando cierren los ojos... y, en éxtasis, pregonen sus deseos.

La novena campanada desató rumores.

Rumores subterráneos de voces sobrenaturales: primero como abejorros, luego como sílabas que no habían nacido en lenguas humanas.

No tenían significado, pero tenían voluntad.

Se posaban sobre las cabezas: pesaban.

Una muchacha se arrodilló, la espalda rígida, y comenzó a ver.

Lo supimos porque se quedó mirando un punto que no estaba allí.

—¿Qué ves? —preguntó la encapuchada.

—Mi casa —dijo la muchacha—, pero con todas las puertas abiertas.

—¿Y quién te espera?

—Nadie —respondió—... y ahora: todos.

Otra, con el rostro húmedo de sudor frío, murmuró:

—Veo un lecho vacío... y, sobre él, una carta que nunca escribí, pero alguien ya leyó.

La tercera, con los ojos entornados, dijo:

—Un espejo agrietado. Dentro no me refleja a mí: me devuelve un cuerpo desnudo que aún no he tenido... y que tiembla de deseo.

Entonces las imágenes comenzaron a mezclarse.

La casa de puertas abiertas contenía el lecho vacío; sobre el lecho reposaba la carta nunca escrita; y, en el espejo del cuarto, ese cuerpo aún no nacido intentaba leerla con labios que no eran los suyos.

La más joven temblaba con violencia, como si cada sílaba invisible le atravesara la piel.

Apenas alcanzó a balbucear:

—Un río oscuro... mi nombre flota en él como un cadáver que sonríe.

Y, de pronto, en la visión de las demás, el río entró también en la casa, inundando las habitaciones; la carta se empapó hasta borrararse; y el cuerpo del espejo flotó boca arriba, convertido en la sonrisa del hombre que la más joven había imaginado.

La décima campanada arrastró un metal solemne que se extendió como una cadena invisible sobre cada una de ellas.

Ya no había voces separadas ni respiraciones aisladas: todas quedaron atrapadas en un mismo sueño colectivo, un tejido de deseos íntimos inseparables, donde lo propio se confundía con lo ajeno.

No había altar, pero improvisaron uno con piedras.

Chernobog se definió al fin: un hueco que absorbía la luz, la insinuación de una figura que no ofrecía... autorizaba.

Y su sola presencia doblaba los cuellos, haciendo que las articulaciones entre los huesos se crisparan y pesaran, como si alguien las hubiese colgado del cielo por allí.

Nunca olviden que la misa negra no necesita latín: necesita hambre.

—Entregamos lo que somos y lo que llegaremos a ser —dijeron las congregadas, con unas voces finas, temblorosas—. Lo que fuimos nos pesa demasiado.

—Y lo que serán —preguntó Chernobog, dentro de todas—, ¿será útil?

Entonces gritaron "sí", al unísono.

No fue un lamento, sino un estallido orgásmico: un clamor que brotó desde los vientres y ascendió por los pechos como un fuego húmedo.

No había separación de voces: era un solo grito, espeso y prolongado, que parecía romper las costillas para salir.

El aire del monte lo recogió como una ola ardiente, expandiéndolo hacia las estrellas.

Por un instante, cada una sintió que su cuerpo había dejado de pertenecerle, liberado de toda carga, entregado al gozo de no ser ya una sola... sino todas.

Lo que contenía los recipientes giraba en círculos cada vez más estrechos.

Dentro, lo que palpitaba ya no era de una sola: eran recuerdos compartidos, mezclados, indescifrables.

Una caricia indiscreta que pertenecía a todas; un beso sin pasión que ninguna recordaba haber dado; el botón arrancado de un camisón que parecía de otra época; la mancha de culpa que surgía en el mantel de una abuela que ahora era común a todas; la risa quebrada de alguien que ninguna amó y, sin embargo, todas sintieron morir.

Las aprendices bebieron.

No líquido: bebieron las tramas, los secretos, las culpas y los deseos del círculo entero.

Y, al hacerlo, sus ojos entornados se volvieron de otro color, un gris húmedo que jamás había existido en el día, como si el sueño compartido les hubiera tatuado una mirada de otro mundo.

La undécima campanada hizo levitar el cerro.

O eso parecía.

La ladera tembló, pero el temblor no era geológico: era visceral, emocional, como si la tierra misma respirara al compás de las novicias y de sus cuerpos excitados.

Cada una veía, al mismo tiempo, el rostro que no pudo despedir, el deseo que nunca se atrevió a pronunciar, la promesa que se perdió en una orilla.

Y esas visiones se mezclaban: los rostros entraban en los deseos, los deseos en las promesas, hasta que nada era propio y todo seguía ardiendo en un sueño compartido.

Las novicias se arqueaban, jadeando al unísono, como si un único cuerpo respirara por todas.

El círculo vibraba, palpitaba, expandiendo un gemido coral que hacía crujir las piedras y las entrañas.

Una de ellas, con las mejillas encendidas, tembló, se soltó de las manos y corrió.

Pero no llegó a ninguna parte: corrió dentro de un círculo que nadie dibujó y que, sin embargo, la contenía, como si fuera un vientre cerrado.

—Quiero volver —dijo jadeando, con los ojos desorbitados.

—Ya volviste —respondió el hueco, grave, íntimo, dentro de todas—. Por eso están aquí.

De repente, algo cambió. No venía del monte: venía de fuera de la noche.

Dos presencias, surgidas desde un fondo difuso, se recortaron en el borde de la visión, como si hubieran sido invitadas por error.

No llevaban capa ni corona: llevaban gesto.

Uno sonreía con los labios apretados, como quien conoce la crueldad íntima de los pueblos y la escribe con ironía.

El otro tenía el cabello revuelto y los ojos ardidos, como los de quien escucha una música que todavía no ha nacido.

Nadie los nombró, pero yo sí sabía sus nombres.

—¿Lo oyes? —preguntó el de los ojos ardidos.

—Lo veo —respondió el otro—: el rito, las sombras, la colina, la medianoche. Todo está exactamente donde debía.

—No escribiré esto —dijo el primero, con un tono seco—. Esto me escribirá a mí.

—Y a mí me poseerá en música —contestó el segundo, tocándose el pecho, como si allí palpitara un compás invisible—. Una melodía ya me arrastra.

—Lo relataremos y lo compondremos luego —concedió el otro—. Ahora mira.

Mira cómo se entregan mansamente y glorifican al que no agradece ni devuelve lo que toma.

Entonces, como si el ritual hubiera notado su intromisión, las campanadas parecieron doblarse, temblar con un eco distinto, como si la escritura y la música también hubieran quedado atrapadas dentro del círculo.

La duodécima campanada no cayó: se desdobló. Era la misma y era otra, como si fuera eco del futuro.

Con ella, el círculo se apretó hasta volverse un solo latido. El aire olía a hierro, a deseo húmedo.

Las aprendices dejaron de ser "aprendices".

Chernobog las bautizó, poseyéndolas y acariciándolas con su sombra, tocándolas en la frente a cada una.

No con agua: solo con ausencia.

—Prometo —dijo la más pequeña, sorprendida de lo fácil que era prometer cuando se había llorado lo suficiente—. Prometo mi cuerpo y mi espíritu para que me devuelvas el peso del mundo sin dolor.

—Lo siento, niña, pero el dolor no se quita —respondió la sombra—. Solo cambia de lugar.

El aquelarre orgiástico entró en su máxima órbita.

No había risa: había certeza.

Los espíritus que no eran de nadie rodeaban el círculo, satisfechos por primera vez, como si hubieran encontrado un uso.

Y las aprendices vieron, cada una y todas a la vez, su propia misa y su propio éxtasis: un amor imposible consumado en llamas; una mesa, en una cocina donde alguien regresaba; un cuarto con una ventana que se abría a un campo ardiente; una carta que no solo llegaba, sino que ardía entre sus manos.

Entonces el escritor habló, pero no con palabras: su relato lo poseyó, atravesándolo como un estertor.

Cada frase era un jadeo, cada palabra un temblor en su pluma invisible.

—Mira —dijo con una sonrisa apretada—. Ya no escribo: es este relato el que me devora.

El compositor, con los ojos encendidos, se arqueó como si escuchara dentro de sí la última nota.

—Escucha —oigo un susurro—. No compongo música: es la música la que me penetra, la que me grita, la que me derrama.

Así, en la duodécima campanada, relato y melodía se fundieron en un clímax total: un grito coral que no fue ni humano ni divino, sino ambas cosas a la vez.

El monte se estremeció como un cuerpo entre orgasmos y estertores; las estrellas parecieron inclinarse y, por un instante fugaz, todo fue placer y memoria, hambre y liberación.

Entonces, algo minúsculo sucedió: el horizonte cambió de tono.

No era luz todavía: era una intención de luz.

El amanecer no llegaba: acechaba.

Chernobog, que no tenía prisa, giró la cabeza —si era cabeza— hacia esa línea pálida.

Había una nostalgia turgente en el hueco, una especie de pereza antigua.

Las aprendices lo sintieron desde sus entrañas.

Cada una tembló en un último éxtasis por dentro, como si el cuerpo recordara y reprodujera, con movimiento, sus deseos más íntimos, soñando que pertenecían a un día que aún no había nacido.

Entre susurros se fueron dispersando, mientras se escuchaban las letanías en latín de una voz:

—*"Dispergentur dum lux pollicetur discere nomina eorum."*

—Se dispersarán mientras la luz promete aprender sus nombres.

—*"Sed in illo somnio lux non discit. Corrigit, et postea lux obliviscitur."*

—Pero en ese sueño la luz no aprende. Corrige, y después la luz olvida.

El fresno crujió.

La forma se desdibujó con elegancia espectral.

Los muertos volvieron resignados a su vieja costumbre de no estar.

Los pasos sin dueño dejaron de sonar.

Solo quedó el olor persistente de ceniza húmeda y metal.

Nadie lloró: no habíamos venido a llorar.

—¿Y ahora qué? —preguntó la más pequeña, con la frente aún fría donde había sentido la caricia y una leve sensación de ausencia.

—Ahora recuerda —dijo la encapuchada—. Pues la memoria es otra forma de disfrutar y obedecer.

Las doce campanadas se agotaron.

El monte exhaló.

El día, tímido como una novicia virgen, ensayó sus primeros reflejos sobre las piedras.

Las aprendices, exultantes, recogieron los recipientes vacíos y, una a una, miraron la ladera por donde no subió nadie.

El círculo se rompió sin romperse, quedando en el suelo una marca, apenas un tono más oscuro, como si bajo la hierba alguien hubiese dormido.

Las dos presencias —los observadores: el escritor y el compositor— se desvanecieron en una frase que no alcanzamos a oír.

Tal vez era un título.

Tal vez un agradecimiento.

Tal vez solo la certeza incómoda de que, a veces, las historias nos escriben primero, nos invaden y después nos piden, como piedra de sacrificio, el cuerpo.

Bajó al valle un aire nuevo, trayendo el sonido lejano de una campanada distinta, no escuchada.

La noche de San Juan había cumplido su propósito y marcado su geometría.

Pero esa llave —llena de placer y miedo— ya había quedado dentro de ellas.

Y el cerrojo —acuñado en el silencio— también.

El director de orquesta, Andrei Volkov, había levantado la batuta frente a las mejores orquestas de Europa, aunque, en el fondo, sabía —con amarga claridad y un rastro de risa cínica— que esa profesión no era más que un espejismo cuidadosamente decorado.

Cuando subía al podio, el mundo parecía detenerse: todos los ojos lo seguían como si fuese un sol improvisado, un profeta de frac o smoking, capaz —al menos en apariencia— de dictar el destino de la música.

El público contenía la respiración, hipnotizado, convencido de que el milagro estaba a punto de ocurrir.

Y, sin embargo, lo único que hacía era agitar un artilugio de madera en el aire, como un niño que juega a ser hechicero frente al espejo.

La figura del director, rodeada de reverencias, corbatas blancas, pecheras rimbombantes y ceremonias solemnes, ocultaba un vacío que ni la música lograba maquillar.

Porque el director, en verdad, no produce sonido alguno: no pulsa la cuerda, no sopla el metal, no acaricia el teclado.

Solo finge dominar tormentas que ya estaban escritas mucho antes de que él naciera.

La partitura, desplegada en el atril, contiene toda la música: es el mapa completo, la revelación total.

Pero ellos —los directores— han convencido al mundo de que, sin su intervención, ese mapa no conduce a ninguna parte.

Con aire grave, tergiversan versiones, moldean tempos, recortan pasajes, inventan énfasis... y luego se aclaman a sí mismos como intérpretes supremos del sentir de los compositores.

Como si Bach, Mozart o Beethoven necesitaran traductores para ser comprendidos.

Como si la genialidad escrita en tinta no pudiera hablar por sí sola.

Han levantado, además, toda una filosofía inflada, como un globo que cada temporada un director distinto se encarga de soplar. Repiten frases pomposas sobre la "fusión del cuerpo con la obra" o la "traducción del alma del compositor". Hablan de "ser médium entre el pentagrama y el público", de "canalizar la respiración de los violines", de "hacer visible lo invisible en el silencio entre dos compases". Se adjudican "el deber de descifrar el gesto secreto de Beethoven", "la misión casi sacerdotal de liberar a Mahler de la partitura", o "la facultad de conducir las pasiones colectivas como si fueran taumaturgos del sonido".

Para adornar el sermón, citan de memoria —y siempre a conveniencia— alguna frase de Nietzsche, de Rilke o del propio Celibidache, convertida en amuleto. Se

autoproclaman "intérpretes del espíritu universal", "sacerdotes de la catarsis estética", "domadores del caos sonoro" o "guardianes de la mística de la batuta". A los viejos músicos nos basta una mirada para saber que, debajo de todo ese incienso, lo que hay es hambre de mando: el gusto de ponerse en el centro, con las luces encima, y hacer creer que, sin su batuta agitando el aire, los compases se caerían solos de la partitura.

Con el tiempo, a esa palabrería se sumaron dogmas importados de distintas escuelas, que no son más que estilos de dirigir disfrazados de religión. En los programas de mano y en entrevistas, no se cansan de repetir las mismas consignas: "fusión del cuerpo con la obra", "traducción del alma del compositor", "mediadores entre lo humano y lo eterno", "guardianes de la pureza del estilo", o —la favorita de los más místicos— "alquimistas del sonido".

La escuela germánica, heredera de Furtwängler, Klemperer y del mito de Bayreuth, predica la "supremacía del pensamiento sinfónico" y la "unidad metafísica del tempo". Según esa doctrina, la orquesta sería un órgano litúrgico y el director, el sumo sacerdote. Y así, un simple levantamiento de ceja o un temblor de la muñeca es tratado como revelación divina.

Los músicos, por supuesto, según esa tradición tan ridícula, debemos obedecer como si siguiéramos a un diminuto Hegel empuñando la batuta; pero, a la hora del concierto, lo que siempre acaba imponiéndose no es la filosofía inflada ni el ademán del podio, sino la música misma... y el decir vivo de la orquesta, que no obedece más que a su propia experiencia y pulso.

Claro que esa ilusión de mando absoluto de los directores no es igual en todas partes: cada escuela inventó su propio ritual de solemnidad.

La escuela rusa, marcada por Mravinski, Gergiev o Svetlanov, presume de todo lo contrario: allí la batuta no es pluma, sino lanza. Se habla de "domar el pathos", de "extraer la voz telúrica del pueblo" y de "arrebatar al compositor de la partitura para lanzarlo al corazón del público". En esa liturgia, el director es un general en campaña y la orquesta, un ejército que debe cuadrarse ante el gesto marcial.

La tradición francesa, heredera de Monteux, Munch y Cluytens, prefiere presumir de elegancia: "claridad de escritura", "respeto por la respiración de la frase", "delicadeza de la articulación". Pero detrás de ese perfume refinado late la misma convicción de que la batuta, como una pluma aristocrática, corrige hasta el aliento de los músicos, como si fuéramos un coro de marionetas finas.

Cada escuela tiene su propio vocabulario sagrado: unos repiten "fusión", otros "trascendencia", otros "pureza de estilo". Y todos coinciden en envolver al director en un aura casi sacerdotal: el único que —según ellos— comprende los secretos del compositor muerto, el único capaz de "abrir el texto como un oráculo" y revelar lo que, al parecer, ningún intérprete que toca cada día la partitura podría comprender por sí mismo.

Pero, después de tantas décadas en los atriles, uno termina viendo lo evidente: debajo de esa cúpula de teorías rimbombantes late siempre lo mismo: el gusto por mandar. La necesidad de que el brazo que agita la batuta pese más que el arco del concertino, más que el aliento del corno, más que el recuerdo vivo de la música misma. Toda esa "filosofía" no suele ser más que un traje a medida: un ropaje solemne para disfrazar la vieja disputa entre el arte que se construye entre todos y el deseo de uno solo de apropiárselo en nombre de un credo estético.

Palabras grandilocuentes que se agotan al primer soplo de sentido común y crítico. Hablan de que el director se convierte en médium, de que el gesto de sus manos "despierta" lo que está dormido en la partitura, como si las notas necesitaran de su cuerpo para existir.

Han construido casi un rito corporal, con movimientos estudiados frente a un espejo, como si el arco del brazo o la tensión de la espalda pudieran infundirle vida a lo que, en realidad, ya respira en el papel.

Pero todo eso es humo.

Pura niebla que oscurece lo esencial: el compositor ya habló, con claridad implacable, en cada nota.

La obra no espera un traductor de almas: espera músicos atentos, que lean, que escuchen, que respondan al andamiaje musical.

La verdadera llama no arde en el podio, sino en el atril; no en el brazo que se agita y el rostro que gesticula, sino en el arco que vibra sobre la cuerda, en el aliento que enciende el metal de la flauta, en el martillo que golpea la cuerda del piano.

Ahí está la fusión verdadera: la del gesto íntimo del instrumentista con el trazo que el compositor dejó.

Todo lo demás —esas coreografías del ego— no es más que un telón de humo para ocultar el vacío entre el sonido y la vanidad de un hombre solitario.

La belleza, la expresión, la furia y la ternura no nacen de sus manos, sino de los músicos que soplan hasta la asfixia, que sangran en las yemas de sus dedos, que

dejan su vida colgada en cada arcada.

Una orquesta sin director sigue siendo un animal vivo, palpitante, indómito.

Pero un director sin orquesta no es nada: apenas un cascarón vacío, un prestidigitador desempleado, un eco sin origen que solo ensaya en el vacío sus aspavientos.

Una marioneta solemne que siempre estará a solas con su arrogancia, con sus mentiras, con su silencio... y con la ridícula ilusión de haber tenido algún poder sobre la música.

Como siempre, Andrei viajaba arrastrando su secreto y su miserable soledad, con la espalda encorvada y las manos temblorosas, aunque todavía no sostuviera la batuta.

"La decadencia no llega de golpe —pensó—; se desliza lenta y traicionera, como un arco de violín que se desgasta con cada arcada."

Lo sabía, pero hasta hoy nunca lo había admitido públicamente.

Aceptó dirigir en Kiev no por dinero ni prestigio, sino porque presentía que aquel sería el último concierto de su vida: Una noche en el Monte Pelado, de Modest Músorgski.

Lo inquietante de aquella partitura lo perseguía desde hacía años, como un espectro familiar, y ahora lo reclamaba en el mismo lugar donde un escritor febril había hecho nacer la leyenda.

Subió al tren en la estación de San Petersburgo con una maleta ligera y la batuta envuelta en un paño de terciopelo rojo.

No llevaba partitura: la conocía de memoria.

El billete decía "Kiev", pero en su mente —el destino— era otro: el Monte Pelado, del que tantas historias había escuchado y que ahora lo llamaba con un último encargo.

Quizá sería, en últimas, su redención o su condena.

El tren, que había partido puntualmente, avanzaba entre estepas heladas como una criatura cansada.

Desde la ventanilla desfilaban paisajes interminables: llanuras nevadas donde los árboles parecían esqueletos; aldeas de techos hundidos que apenas respiraban humo por sus chimeneas; cruces de madera torcidas junto a caminos que se perdían en el hielo.

En el vagón casi vacío viajaba la sombra de un hombre frustrado, egoísta, solitario

y vencido.

Volkov contemplaba el mundo con los ojos de quien ya no espera nada, salvo la música y la incierta promesa del concierto que lo aguardaba.

Entonces, desde la silla lateral, una anciana se atrevió a hablarle, aunque nunca le miró a los ojos.

—Recuerda que aquí la música sí es real y nunca termina.

Y si pretendes seguir por este camino, ten por seguro que después no hallarás el retorno, y tu espíritu se negará obstinadamente a volver a ti.

La melodía no termina... muere el hombre, pero ella no.

Un estremecimiento lo recorrió, pero aun así estaba decidido a seguir.

Cuando el tren llegó a la estación de Kiev, la madrugada era aún densa.

El aire olía a carbón y humedad.

Bajó con paso lento, arrastrando detrás de sí su maleta, y lo primero que notó fue el silencio: un silencio sepulcral, preludio de la música que pensaba dirigir y que aún no había empezado a sonar.

Un coche lo esperaba y lo llevó por las calles vacías hacia la colina.

Desde lejos, antes de llegar, distinguió el perfil oscuro de una iglesia abandonada, utilizada ahora como sala de conciertos.

La llamaban "teatro", pero sus muros rezumaban otra historia.

Se decía que había sido levantada en el siglo XVII por monjes dominicos y que, durante una peste negra, sirvió tanto de templo como de fosa común.

Bajo sus suelos se amontonaban huesos aún con su carne, que nunca conocieron descanso, y los feligreses afirmaban que, en ciertas noches, los vitrales rotos dejaban filtrar no solo el viento, sino un murmullo semejante a un coro apagado.

Otros juraban que, en tiempos de la invasión napoleónica, se usó como hospital de campaña, y que los heridos que murieron allí gritaban todavía sus dolores y desdichas desde las grietas de la piedra.

El coche se detuvo cerca del sendero que conducía a un portón herrumbroso.

El chofer no se bajó a abrir: apenas lo miró inquisitivamente de reojo, se persignó en silencio y arrancó en cuanto Volkov descendió con su maleta.

Algunos residentes murmuraban que, décadas atrás, un sacerdote había intentado exorcizar la iglesia y jamás volvió a salir; otros aseguraban que, en noches de tormenta, las campanas rotas repicaban solas, convocando a los muertos.

Nadie quería acercarse demasiado a sus muros: la colina entera parecía cargada con un silencio que calaba y dolía en los huesos.

Ya solo, en el sendero, lo recibió el aliento helado de unas gárgolas sin rostros definidos.

Avanzó arrastrando nuevamente tras de sí su maleta, por el corto espacio que conducía a la iglesia.

Muy despacio, frente a él, empujó con suavidad las hojas de madera carcomida que servían de puerta e ingresó al vestíbulo oscuro del recinto.

El aire estaba impregnado de humedad, piedra y cera consumida, como si el tiempo mismo rezumara lúgubremente por los muros su esencia, aguardando, inmóvil, a quienes se atrevieran a respirarlo.

El director dejó la maleta en un maletero lateral, junto a objetos olvidados, como si también él depositara, por última vez, una parte de su vida en custodia.

Por un instante pensó que aquel lugar no era un teatro ni una iglesia, sino su propio mausoleo dispuesto a escuchar su confesión final antes de sellarse sobre él.

Los vitrales rotos dejaban escapar hilos de viento que sonaban como gemidos.

Volkov se detuvo en el umbral.

No era un teatro.

Era un confesionario sin absolución.

Y, por primera vez en años, el director de orquesta sintió un estremecimiento: su vida desfilaba ante él con una desnudez implacable, tan vacía y despojada como el gesto exagerado e inútil de su batuta cuando la suspendía en el aire.

Andrei Volkov no había traído su propia partitura, pero, inexplicablemente, la encontró esperándolo sobre un atril.

Sabía que era la suya, pero no parecía nueva: estaba compuesta de hojas gastadas, amarillentas, con márgenes saturados de notas a lápiz, escritas por manos que no eran las suyas.

Había tachaduras, símbolos extraños e incluso varios compases añadidos a mano. Algo en esas adiciones lo inquietó: no parecían correcciones humanas, sino como si la música hubiese querido prolongarse a sí misma, escapando de su propio final.

Los músicos locales empezaron a llegar en silencio, uno tras otro, cargando violines, violas, cellos y flautas con el mismo cuidado de quien entra a un templo profanado.

Evitaban cruzar palabras, y cada mirada era un reflejo de superstición y obediencia.

El eco de sus pasos parecía marcar un pulso previo a la música, un preludio de respiraciones contenidas.

Ivanna fue la última en entrar.

Alta, delgada, con un rostro enmarcado por una melena oscura y unos ojos que parecían haber aprendido demasiado de la penumbra.

El estuche del violín colgaba de su mano derecha como un talismán, y en la izquierda llevaba una vela encendida.

Nadie comentó el gesto, pero Andrei notó el suspiro colectivo: todos respiraron un poco más tranquilos al verla colocar la llama sobre un pilar de piedra.

Su silueta, iluminada por aquella luz mínima, tenía la apariencia de una aprendiz de bruja convocada por el fuego en uno de sus rituales.

La orquesta ocupó sus lugares con una solemnidad fingida.

El roce de las sillas, los comentarios impertinentes, el murmullo de las cuerdas afinando, el suave golpeteo de una flauta contra el atril... todo sonaba como parte de una liturgia olvidada.

Volkov, erguido frente a ellos, repasó con la mirada cada sección.

Estaban todos: cuerdas, maderas, bronces, percusión.

La formación se hallaba completa, como si el destino mismo hubiera convocado a cada músico en aquel recinto cargado de presagios.

Había en el aire una densidad extraña, como si las piedras respiraran un secreto maldito que aún se negaba a revelarse.

Andrei Volkov dejó que el murmullo del recinto se apagara antes de hablar.

Se incorporó con solemnidad, la batuta aún baja, y miró a los músicos como si los convocara desde una frontera invisible.

—Agradezco vuestra presencia en este lugar; sin ustedes esto no sería posible.

Y lo digo en serio, como una afirmación amarga que, al final de mi carrera, aflora a veces, reconociendo en silencio mi propia inutilidad —dijo con voz grave, un poco áspera por el frío—.

Veo que no es un teatro común, ni una sala cualquiera: aquí resuena la memoria de los que creyeron, rezaron y callaron bajo estas bóvedas.

Que hoy sea la música quien tome ese silencio y esas memorias, y las transforme.

Guardó una breve pausa, como si las piedras mismas tuvieran que asentir.

—Entre otras, la obra que interpretaremos ahora es Una noche en el Monte Pelado, de Modest Músorgski.

Nació de un relato de Nikolái Gógol que describe un aquelarre en la Noche de San Juan: brujas, espíritus y fuerzas paganas celebrando bajo la sombra de lo prohibido. Músorgski la concibió primero como parte de una ópera que nunca llegó a completarse, y en su música volcó la violencia, la oscuridad y la exaltación de aquel rito ancestral.

Tiempo después, fue Rimski-Kórsakov quien la adaptó para orquesta, otorgándole un final distinto: el amanecer que disipa a los demonios, como si la luz y el último acorde tuvieran la última palabra.

Hizo un silencio breve, y sus ojos recorrieron la sala.

—Escuchad, pues. Esta obra no como entretenimiento, sino como un umbral. Aquí mismo, en este lugar exacto, donde las paredes guardan la memoria de lo invisible, resonará la historia de aquel aquelarre transformado en sonido. Donde cada compás es fuego, cada silencio, sombra, y al final, un amanecer prodigioso se abrirá paso entre nosotros.

Entonces, con un movimiento lento y firme, alzó la batuta.

Por un instante, antes del primer gesto, pensó que no era él quien dirigiría, sino la música, como siempre, la que lo utilizaría para alzarse.

—Comencemos —ordenó finalmente, y el aire se tensó como un hilo a punto de vibrar.

La primera cascada de notas rasgaron el aire.



Las cuerdas temblaron, como si no fueran de tripa ni de metal, sino de piel viva

Andrei sintió que la batuta pesaba más de lo habitual, como si el aire mismo la retuviera.

La acústica del recinto devolvía el eco de los sonidos con un segundo de retraso, como si alguien repitiera la música desde el fondo de la nave.

Una corriente subterránea, casi imperceptible, parecía haberse despertado bajo los cimientos de la iglesia, y rumores oscuros se filtraban en cada compás.

En el silencio de una pausa, un timbal resonó profundo, como un corazón de

hierro que latiera en lo invisible.



Andrei se giró, pero el lugar del percusionista estaba vacío.
Nadie había golpeado el parche.

—Fue el viento —murmuró alguien, con un temblor en la voz.

Andrei calló.

Levantó de nuevo la batuta, y la música fluyó otra vez.

Pero pronto, sobre las cuerdas y los metales, se alzó un tenue coro grave desde lo alto de la bóveda.

Eran voces sin cuerpo, hondas, como si la piedra misma hubiera aprendido a cantar.

Un aliento de tinieblas se instalaba en el templo.

—¿Lo oye? —susurró Ivanna, la violinista, sin dejar de tocar.

—Son... resonancias —dijo Andrei, aunque ni él mismo creyó sus palabras.

—No mire atrás cuando dirija —replicó ella, clavando los ojos en la partitura, como si allí se escondiera la única salvación.

Entonces, entre las voces que se multiplicaban, surgió una figura.



La silueta de un monje apareció en el umbral lateral de la iglesia.

Inmóvil, con la capucha ocultándole el rostro, parecía un testigo inevitable.

A cada compás, el aire se volvía más denso, más pesado, como si la música abriera un umbral.

La glorificación oscura comenzó a crecer sin que nadie diera la orden.

Los violines, desbocados, se alzaban como lamentos; los metales rugían con una furia que parecía no estar escrita en la partitura.

El pulso de los músicos se aceleraba, y sus ojos brillaban como si obedecieran a una batuta invisible.

La misa negra había comenzado.



Las notas se transformaron en danza, y en cada rincón del templo se desató un aquelarre.

Andrei lo sintió antes de verlo: las cuerdas chirriaban como risas quebradas; los fagotes imitaban voces retorcidas; y, en medio del torbellino, Ivanna tocaba con los ojos cerrados, como si se dejara arrastrar por un fuego secreto.

El caos crecía: los atriles vibraban solos, las velas se inclinaban al compás de un viento que nadie sentía en la piel.

Era un aquelarre de sombras, de brujas danzantes que no necesitaban cuerpo para estar presentes.

Y, de pronto el Re de una campana repicó.



Nadie, aparentemente, la había tocado, pero su sonido cortó el aire como un cuchillo de luz.

El coro invisible se quebró.

Los espíritus —esa multitud sin rostro que se había adueñado de la música— comenzaron a dispersarse como humo en la brisa del amanecer.

La iglesia respiró.

Las velas, antes convulsas, recuperaron su calma.

Las cuerdas de los violines vibraban afinadas, dulces, como si nunca hubieran gritado.



Los músicos parecían despertar de un sueño profundo, con lágrimas aún en los ojos.

Andrei, de pie frente al atril vacío, no recordaba haber soltado la batuta, pero esta yacía en el suelo.

Y, aun así, la música se había sostenido sola..., como si supiera, desde siempre, que no necesitaba de él para existir.

En un último acorde.



La noche se retiró vencida, y el día entró en la iglesia como una promesa.

Finalizado el ensayo, Ivanna se acercó al director, hablándole en voz baja, casi como si recitara una oración prohibida:

—Dicen que esta iglesia fue construida sobre un cerro hueco. Aquí, siglos atrás, los monjes celebraban ritos de medianoche para "afinar el alma" de los difuntos antes de entregarlos al más allá. Mientras en los aquelarres la noche de San Juan era invocada para que los espíritus salieran al mundo de los vivos, hoy en día aquí

creemos que esa misma noche la música puede abrir las piedras como puertas y permitir que los muertos rezagados entren en la eternidad.

Andrei escuchaba con el ceño fruncido, intentando reírse de la historia, aunque su voz tembló apenas:

—Supersticiones... —murmuró.

—Pero supersticiones con un fluir y un oído refinado —respondió Ivanna.

Andrei tocó la partitura con la yema de los dedos, consciente de los compases añadidos a mano; eran cicatrices de otro tiempo.

—La obra debe quedar con las correcciones que aparecen en esta partitura —dijo—. Que sea la música la que decida.

Unas campanadas escondidas en la penumbra marcaron la hora del ingreso al concierto.

El silencio se quebró con el murmullo de pasos y el roce de telas pesadas.

El público comenzó a entrar: no eran espectadores comunes, sino figuras arrancadas de un sueño barroco y grotesco.

Un caballero obeso, con sombrero emplumado y capa de terciopelo, avanzaba arrastrando las erres de un idioma extraño, como si mascullara piedras.

Tras él, una mujer con un vestido verde imposible —tan amplio que rozaba los bancos— agitaba un abanico tachonado de espejuelos, que devolvía destellos como cuchilladas a la penumbra.

Un grupo de jóvenes con máscaras venecianas susurraba en una lengua muerta, riendo velada y nerviosamente, como si compartieran un secreto de ultratumba.

Entre los bancos se acomodaban enanos de mejillas cerosas, vestidos con galas de corte, que discutían en voz baja con una gravedad que parecía prestada de antiguos ministros.

Un par de siameses, unidos por el costado y envueltos en una sola casaca roja, miraban el escenario con un gesto ambiguo: uno con fascinación, el otro con un desprecio que no lograba ocultar.

Cerca del pasillo central, payasos desgredados, con el maquillaje corrido como lágrimas viejas, sacudían las campanillas de sus gorros, pero sin risa: solo para marcar el compás de su impaciencia.

En el lateral derecho, un pequeño grupo de monjas en hábitos transparentes, bajo los cuales asomaban bordados color marfil, se arrodillaba y se persignaba con lentitud casi teatral.

Sus rostros excesivamente maquillados —pómulos encendidos, labios encarnados— parecían salidos de un carnaval que hubiera olvidado regresar a casa.

Por los corredores, hombres en libreas descoloridas, con chaquetas cuyas hombreras se deshilachaban, intercambiaban breves frases en susurros tensos, como si temieran despertar a alguien dormido en las sombras.

Desde el coro, oculto entre los barrotes, un par de mendigos viejos asomaban las cabezas calvas, hipnotizados por el fulgor de los candelabros, como si aguardaran una revelación.

Bajo uno de los bancos, un perro viejo, flaco y de pelaje oscuro, dormía con un ojo abierto, atento al rumor de las cuerdas, como si esperara el momento de aullar a destiempo.

Un violista jefe de grupo, a punto de jubilarse y sentado entre el público, murmuró a su vecino mientras recordaba los viejos días en que acomodaba la viola sobre la rodilla, tocando las cuerdas con desgano y sin vibrato:

—Si esta música abre puertas hacia el infinito, que abra la mía. Estoy cansado de esperar.

El vecino, también veterano de orquesta, arqueó una ceja y le respondió con una media sonrisa, sin molestarse en disimular la ironía:

—Con que abra la de salida ya sería un milagro... tantos años tocando así y todavía espera que la jubilación lo salve.

En el borde de una viga alta, inmóvil, un cuervo observaba la escena con la cabeza ladeada, como si supiera que el concierto no era para los vivos.

Y en la penumbra cercana al altar, se adivinaba la figura de un hombre alto y delgado, de contornos difusos: parecía llevar un antiguo hábito deshilachado, pero no proyectaba sombra.

Algunos, en voz baja y con una mezcla de temor y sorna, susurraban que era el propio autor de aquel relato, condenado a deambular entre las páginas que había escrito, como si nunca hubiese logrado salir de su propia historia.

Nadie lo vio entrar ni moverse; solo se percibía un leve temblor en el aire que rodeaba el banco donde debía estar sentado.

Los vitrales rotos dejaban al viento colarse para jugar con las llamas de los cirios, proyectando sombras alargadas sobre los muros.

Más adelante, una anciana enjuta, con guantes negros hasta el codo, comentó con ironía:

—Nadie compone melodías así sin haberlas escuchado en el infierno primero.

Un hombre alto, de rostro cadavérico y ojos hundidos, levantó su bastón con puño de oro y sentenció:

—Los directores de orquesta soberbiamente creen que dirigen... pero la música de los genios fluye y se dirige sola, como si tuviera memoria propia.

El rumor de conversaciones, risas quebradas y frases truncas llenaba la nave, como si la propia piedra murmurara secretos sellados hacía siglos.

Y Andrei, desde su camerino, comprendió que aquellos asistentes no habían venido solo a escuchar: habían acudido a ser críticos, testigos y jueces.

Se inclinó hacia el espejo, buscando su reflejo, y lo que encontró fue un rostro viejo y ajado que no era enteramente suyo: un pálido doble que lo observaba con un rictus de solemnidad, como un juez que dicta sentencia en silencio.

Afuera, las voces se confundían con un viento que arrastraba palabras olvidadas en latín, mientras los vitrales astillados dejaban pasar un resplandor que parecía de otro mundo.

El aire mismo vibraba como una cuerda tensa, a punto de quebrarse.

En ese instante, Andrei supo que, cuando la primera nota se elevara, no sería solo un concierto.

Sería un juicio.

Y el veredicto no vendría de los vivos.

El director salió y se acercó a la tarima entre aplausos que parecían más un conjuro que una bienvenida.

Se detuvo, hinchó el pecho como si cargara sobre sí la responsabilidad y el peso de toda la música escrita y, con una venia exagerada, se inclinó como un emperador agradeciendo tributo.

Saboreaba aquel instante y aquel ruido hueco como si fueran dátiles en un festín privado, convencido de que lo aclamaban a él y no al espectáculo —y sacrificio— que estaba por consumarse.

Sonrió con la suficiencia de un falso creador, un titiritero que se cree dios porque agita una batuta en el aire, y, aun a sabiendas del destino que le aguardaba, su vanidad no cedía: inflada como un ídolo de barro al borde del colapso.

Desde su camerino, otro Andrei Volkov, resignado, lo observaba con la certeza de que aquel hombre no escucharía nada fuera de su propia vanidad y respiración ampulosa.

No veía que la nave, con sus candelabros temblando, el aire espeso y el eco acumulado en los muros, se aprestaba a juzgarlo y, posiblemente, a condenarlo.

Apenas la batuta se alzó, el murmullo de las manos se extinguió y un silencio hostil, cargado de presagio, se apoderó de la nave.

Los candelabros temblaban con una llama nerviosa, lanzando sombras que reptaban por los muros como si quisieran escapar.

El aire se volvió espeso, cargado de cera, incienso añejo y un leve olor a hierro húmedo que parecía subir del suelo.

Entonces, un leve crujido —de piedra, de madera, o quizá del propio aire— recorrió la sala con lentitud reptante, como si algo invisible se acomodara a escuchar entre los bancos.

Entre velos difusos, las novicias del aquelarre —apenas sugeridas en los ecos— parecían reír desde los muros.

Un murmullo femenino, cargado de un aroma libidinoso, se insinuaba quedamente y giraba en círculos sobre las cabezas de los asistentes.

Las primeras cascadas de notas fueron recibidas como si se abriera una grieta en el aire, y el público, inmóvil, parecía más atento a aquello que estaba a punto de irrumpir que a la música misma.

La nave se transformaba, con cada compás, en un claustro vibrante donde la piedra contenía su propia respiración.

Andrei, clavado en la tarima, sintió que no dirigía: era él mismo, irremediablemente, un convocado más al aquelarre, un médium entre la orquesta y lo innumerable que aguardaba tras el silencio.

Las primeras notas no brotaron de los instrumentos, sino del eco: un lamento agudo, semejante al canto de novicias reunidas en secreto.

Era un círculo invisible que envolvía la sala, como si desde las criptas surgieran voces femeninas recordando antiguos juramentos.

La música avanzaba, pero Andrei sentía que lo hacía sin él: el ritmo se cerraba sobre sí mismo, repitiendo los compases como si el tiempo hubiera quedado atrapado en un bucle semejante a una espiral.

A mitad de la pieza musical, las visiones se hicieron insoportables.

Los músicos que lo acompañaban ya no eran los mismos que habían afinado minutos atrás: sus rostros estaban pálidos, sus ojos huecos, y en sus manos los instrumentos parecían reliquias de un funeral interminable.

Ivanna, con el violín temblando entre sus dedos, fue la primera en transmutar.

Sus ojos se oscurecieron como pozos sin fondo y, con cada nota, su silueta se reducía, adelgazaba, hasta parecer una novicia adolescente envuelta en un hábito que jamás había vestido.

El arco, al rozar las cuerdas, desprendía gemidos de un fervor casi carnal; la música se erguía en oleadas que hacían vibrar su pecho y estremecer sus labios entreabiertos.

Al concluir un fragmento de la pieza, inclinó la cabeza con devoción, como si ofreciera su cuerpo virginal a un amo invisible.

Sus manos temblaban aún sobre el instrumento, y la tela imaginaria del hábito parecía tensarse en torno a su piel desnuda, revelando más de lo que ocultaba.

El público contuvo la respiración: nadie sabía si presenciaban un acto de fe o una profanación exquisita.

Andrei intentó bajarse de la tarima y apartar la mirada, pero su propia carne lo traicionó: su espalda se dobló más allá de lo humano, su cuello se estiró grotescamente, y comprendió con horror que se transformaba en un asno de feria, famélico, ridículo y patético, condenado a cargar el peso de una música que nunca le perteneció.

El público, inmóvil, se desmoronaba lentamente en caricaturas de sí mismos.

El caballero obeso se derritió en su asiento, dejando tras de sí un charco de grasa oscura que burbujeaba como alquitrán, despidiendo un vaho dulce y nauseabundo.

La dama de verde imposible se abrió en pétalos marchitos, deshojándose como una flor envenenada, mientras su abanico se transformaba en un par de alas de murciélago que aletearon torpemente antes de fundirse con las sombras del techo.

Los jóvenes enmascarados se deshicieron en humo denso, quedando solo las máscaras flotando, que rieron solas en un idioma roto, semejante al crujido de huesos al quebrarse.

Los enanos de mejillas cerosas se agrietaron desde dentro, como muñecos de cera expuestos a un fuego invisible, y de sus bocas abiertas salieron enjambres diminutos de moscas que se dispersaron entre los bancos.

Los siameses se arquearon a la vez en un gesto de espasmo, y su piel conjunta se fue volviendo traslúcida, revelando un esqueleto compartido que palpitó con una luz fría antes de desvanecerse, dejando solo la casaca roja colapsada en el suelo.

Los payasos desgredados dejaron caer las campanillas; la pintura de sus rostros empezó a gotear como cera líquida, y cuando llegó a sus pies, sus cuerpos ya eran marionetas vacías, sostenidas solo por el hilo de sus risas sofocadas.

Las monjas en hábitos transparentes cayeron de rodillas con un estrépito suave; sus hábitos se disolvieron como agua teñida de ceniza, y sus rostros maquillados se quebraron en máscaras rígidas que luego se pulverizaron con un suspiro.

Los mendigos viejos, en el coro, se arquearon hacia adelante; de sus bocas abiertas escapó un aliento gris que ascendió como humo frío, mientras sus cuerpos se encogieron hasta quedar reducidos a harapos secos, doblados en los bancos.

El perro viejo, que yacía bajo un banco, levantó la cabeza cuando el timbal golpeó un compás grave; sus ojos se encendieron con un fulgor amarillento y, al exhalar, su aliento se volvió niebla.

Un instante después, su cuerpo se estiró como sombra líquida y desapareció, dejando solo el leve sonido de uñas contra la madera.

El violista de atril, sentado entre el público, apenas arqueó una ceja. Por fin, pensó, su viejo sueño casi se cumplía: una rotación eterna... con el sueldo llegando puntual a casa, sin tocar una sola nota.

Murmuró, casi en un susurro, con una sonrisa torcida:

—Al final, todo se logra... con un buen lobby.

Y se desvaneció.

El cuervo, en la viga alta, abrió las alas y soltó un graznido ronco; al batirlas, dejó escapar una lluvia de plumas negras que no caían, sino que ascendían, hasta perderse en las bóvedas del templo, mientras el ave se reducía a un simple punto oscuro que latía como un corazón diminuto antes de extinguirse.

Junto al altar, el espectro alto y delgado dejó de ser un contorno; el aire que lo rodeaba se condensó en gotas que parecían lágrimas suspendidas y, al derramarse, lavaron la figura, borrándola por completo hasta que solo quedó el banco vacío y húmedo, como si algo invisible hubiera llorado allí.

Entonces, un coro invisible empezó a crecer, avanzando desde lo profundo hasta opacar el sonido de los violines, de los metales, de toda la orquesta.

Voces que no pertenecían a nadie vivo llenaban la bóveda, repitiendo un rezo en lenguas rotas.

Andrei comprendió que ya no dirigía nada; que el concierto lo dirigía a él.

Y, cuando parecía que todo se apagaba, un golpe de timbal retumbó en la sala.

Como en el ensayo, tampoco nadie lo había tocado.

No había timbalista.

Y, sin embargo, la tierra misma había sido golpeada.

Un eco grave recorrió las paredes, como si la piedra quisiera recordar a los presentes que no eran ellos quienes presenciaban la música, sino la música la que los estaba juzgando.

El timbal resonó como un trueno sordo, pero no vino de la piel tensada del instrumento: surgió del suelo mismo, un latido telúrico que partió el aire en dos.

Un silencio absoluto se extendió, pesado, interminable, como si toda vibración hubiera sido arrancada del mundo.

De pronto, la tierra se abrió con un crujido abismal; el eco confundía pasos con voces de ultratumba, un murmullo que no venía ni del público ni de la orquesta.

Todos los cuerpos —músicos, espectadores, novicias— comenzaron a flotar lentamente, mezclándose en un torbellino de imágenes vivas hasta desvanecerse en la penumbra como humo que regresa a su origen.

Solo quedó, en el centro de la oscuridad, un candelabro solitario, cuyas llamas titubeaban rodeadas por la nada.

Y en ese vacío expectante, como un umbral abierto, comenzó a insinuarse una última visión.

Andrei Volkov apareció, alzando la mirada desde el podio hacia el vacío. Sus ojos —dos brasas encendidas, hundidas en la penumbra— ya no pertenecían al reino de los hombres. Bajo sus pies, el podio se había desgarrado y convertido en una roca negra, suspendida en un abismo sin horizonte, como si el mundo mismo hubiese sido devorado.

Las columnas de la iglesia se curvaban hacia adentro, semejantes a costillas de una bestia muerta, y detrás del director se alzó una sombra colosal: Chernobog, cuya forma parecía confundirse con la del propio Andrei, como si fueran una sola.

La batuta temblaba en su mano, no por debilidad, sino por la vibración de un poder que lo atravesaba y lo consumía. Cada fibra del aire estaba cargada de notas invisibles, resonancias que eran al mismo tiempo plegaria y condena.

—¿Lo sientes, Ivanna? —murmuró, con una voz grave, retumbante, como un órgano enterrado en catacumbas—. La música ya no me obedece... nos ha reclamado a todos.

Ivanna se materializó, dando un paso al frente. Sus pies no tocaban del todo el suelo: flotaba suavemente sobre un estrato de polvo y ceniza. Su rostro estaba iluminado por un resplandor imposible, mezcla de compasión y luto.

—No, maestro —respondió con calma, aunque en su voz vibraba el temblor de lo eterno—. La música nunca fue tuya. Ni mía. Ni de nadie. Solo aguardaba a que un corazón puro tuviera el valor de sostenerla. Pero hoy tampoco se dio.

En ese momento, un viento gélido recorrió la nave y las llamas de los cirios se doblaron hacia atrás, como si huyeran.

Chernobog —Andrei Volkov despojado de todo vestigio humano— alzó la mirada desde aquel podio transformado en volcán suspendido en el vacío. Sus ojos ardían como brasas hambrientas, y cada parpadeo abría grietas en el aire, como si la realidad misma estuviese resquebrajándose.

La nave comenzó a gemir. Las columnas se curvaron como huesos rotos y los vitrales explotaron en cascadas de fragmentos que caían como lluvia afilada. El techo se hendió y, a través de la grieta, el cielo apareció roto en placas de fuego, un firmamento desgarrado donde las estrellas caían en silencio, como cenizas de un universo que se extingue.

La túnica negra de Andrei flameaba, aunque no había viento; bordada en plata, chisporroteaba como si los hilos fuesen relámpagos atrapados. Un medallón en su pecho sangraba un resplandor escarlata que se derramaba sobre el suelo y abría surcos incandescentes: grietas que devoraban el mármol como bocas insaciables.

Unos penitentes surgieron de las sombras, arrastrando cadenas que ya no sonaban metálicas, sino como huesos al partirse. Algunos se desplomaban al avanzar, pero al tocar el suelo sus cuerpos estallaban en polvo negro, que se arremolinaba como un enjambre de insectos ardientes. Otros se prendían fuego al elevar las manos hacia la bóveda y, en sus gritos, se confundía el lamento humano con el bramido de bestias antiguas.

El aire se volvió irrespirable. Cada inhalación era humo y hierro; cada exhalación, una chispa que alimentaba la hoguera invisible que ardía en el centro de la nave. Los muros supuraban resina oscura, como si la piedra llorara su propia condena.

Chernobog sonrió, y su voz arrasó con la calma como un trueno:

—Míralos, Ivanna. Ellos intentaron con su batuta imponer su música al silencio, y ahora el silencio los convoca y los devora.

Ivanna se aferró al pecho, como si sujetara lo último que aún quedara vivo en la sala. El suelo temblaba, el techo caía a pedazos, el cielo ardía rojo y púrpura. Aun así, su voz se alzó clara, contra la tormenta de ruinas:

—No es el silencio el que devora, Andrei. Es la música la que aún respira. Y aunque el mundo arda... esta seguirá respirando.

El diablo-director inclinó la cabeza, divertido, y las sombras se inclinaron con él, como un coro de condenados que aguardaba el último acorde.

—Entonces mírame, Ivanna. Si la música es dueña de todo... ¿qué queda de nosotros?

Ella extendió la mano, serena, y en su palma apareció la batuta. La entregó como quien entrega un destino, sin posibilidad de rechazo.

—Lo único que queda como condena —dijo— es seguir dirigiendo. Hasta el fin de los tiempos.

Andrei tomó la batuta. Al hacerlo, las paredes se desplomaron en un estrépito mudo y la iglesia entera se disolvió en un vacío espectral. El último acorde de la pieza musical, Re–Fa–La, quedó suspendido más allá de lo natural.

Parpadeó.

De pronto, estaba solo.

La nave estaba vacía, como si la orquesta, los asistentes, las sombras y hasta el aliento del viento nunca hubiesen existido. Los cirios, extinguidos, dejaron un rastro de humo que se enroscaba hacia lo alto, como plegarias no escuchadas. El eco de los pasos, de los rezos, de los sollozos, se había borrado.

El silencio era absoluto, tan denso que parecía tener cuerpo, como si lo abrazara y lo oprimiera al mismo tiempo. En medio de esa nada, el medallón sobre su pecho aún ardía con un brillo rojo: único vestigio de que algo imposible había ocurrido allí.

Y, en ese vacío, Andrei —o Chernobog— no supo si había sido testigo de un rito... o si él mismo era el rito.

Como despertando de un trance, Andrei salió del recinto, pero afuera no había calles, ni casas ni campanas: el pueblo entero se había disuelto en humo y sueño. Solo quedaba un monte desnudo, extendiéndose bajo una luna fría, inmóvil como un ojo eterno que lo observaba sin pestañear. La tierra estaba reseca, cuarteada, como costras de un antiguo sacrificio. Ni un árbol, ni un río, ni un murmullo de vida humana.

Entre las sombras, las novicias aguardaban. No se movían: parecían talladas en piedra, estatuas de sal condenadas a mirar eternamente. Sus túnicas blancas y transparentes ondeaban apenas con el viento gélido, y en sus manos sostenían cirios apagados, como si la llama hubiese huido antes que ellas. El viento las agitaba y, en su quietud, parecía que ardieran sin fuego: cuerpos de ceniza blanca que respiraban un silencio inquebrantable.

Entonces, una tras otra, comenzaron a entonar un murmullo bajo, un cántico sin palabras. Era un lamento circular, repetitivo, que no pertenecía a ningún idioma, pero que Andrei reconoció de inmediato: el idioma de la música sin fin. Un eco de lo que había sonado en la nave, ahora multiplicado en la desnudez de la montaña.

Entre ellas, Ivanna lo miraba. Ya no era la muchacha temblorosa, sino la sacerdotisa principal de un culto que había consumido eras. Su sonrisa era tenue, resignada: la dulzura de quien comprende demasiado tarde que ha entregado su vida entera a un destino imposible de evitar. Se adelantó con paso sereno y extendió nuevamente la batuta hacia él, con la solemnidad de una ofrenda.

Al recibirla, Andrei sintió que la montaña respiraba en su palma: el frío de la madera le atravesó la piel y un pulso antiguo, como un corazón enterrado, comenzó a latir en su mano. El universo entero parecía vibrar en ese trozo de madera.

Fue entonces cuando las novicias comenzaron a deshacerse. Primero sus manos, luego sus rostros, hasta que sus cuerpos enteros se derrumbaron como polvo, arrastrado por un viento invisible. Ni un grito ni un lamento: solo el silencio absoluto de un ritual cumplido.

Ivanna fue la última. Su mirada permaneció fija en él hasta el final. Después, se desvaneció como humo, dejando en el aire un aroma a cera y lágrimas antiguas.

Andrei quedó solo, con la batuta apretada en su puño, frente a la montaña desierta y la luna inmensa. Comprendió, con un estremecimiento que lo atravesó hasta los huesos, que no volvería a soltarla jamás. La madera se había fusionado con su carne, echando raíces en su palma. Trató de abrir los dedos, de dejarla caer, pero sus manos ya no le pertenecían.

Entonces lo entendió: no era él quien sostenía la batuta, era la batuta quien lo sostenía a él. La música —esa música sin comienzo ni final— lo había reclamado como portador.

El silencio de la montaña empezó a quebrarse. Bajo sus pies, la tierra vibró como un tambor antiguo; las grietas se abrieron emitiendo un zumbido, un murmullo de cuerdas invisibles. En el cielo, la luna se transformó en un ojo sin párpado que lo miraba fijamente. De ese ojo brotaron hilos de luz que descendieron sobre él, envolviéndolo como un pentagrama de fuego.

No había posibilidad de regresar. La vida que había conocido era ya una sombra borrada. Con cada latido, Andrei sentía cómo los recuerdos —su infancia, su voz, su nombre mismo— se deshacían como notas que se apagaban en el aire.

Solo quedaban su profunda soledad y la música. Y comprendió, con un terror reverencial, que lo que la anciana le había advertido era cierto: "La melodía no termina... muere el hombre, pero ella no."

No porque fuera eterna como un consuelo, sino porque él mismo se había convertido en su cárcel. Su respiración, sus venas, sus huesos serían los nuevos

instrumentos. Su cuerpo entero, partitura. Su destino: dirigir, con toda su inutilidad, un concierto infinito en el vacío del mundo.

La montaña calló.

El ojo de la luna lo selló.

Y, en medio de ese silencio implacable, Andrei alzó la batuta hacia la eternidad.

En una lápida olvidada por el tiempo, una frase palpitaba como último recuerdo y última nota:

"El primer compás de arrepentimiento aquí comenzó.

Este director, al fin, bajó la batuta y, con ese gesto, no interfirió.

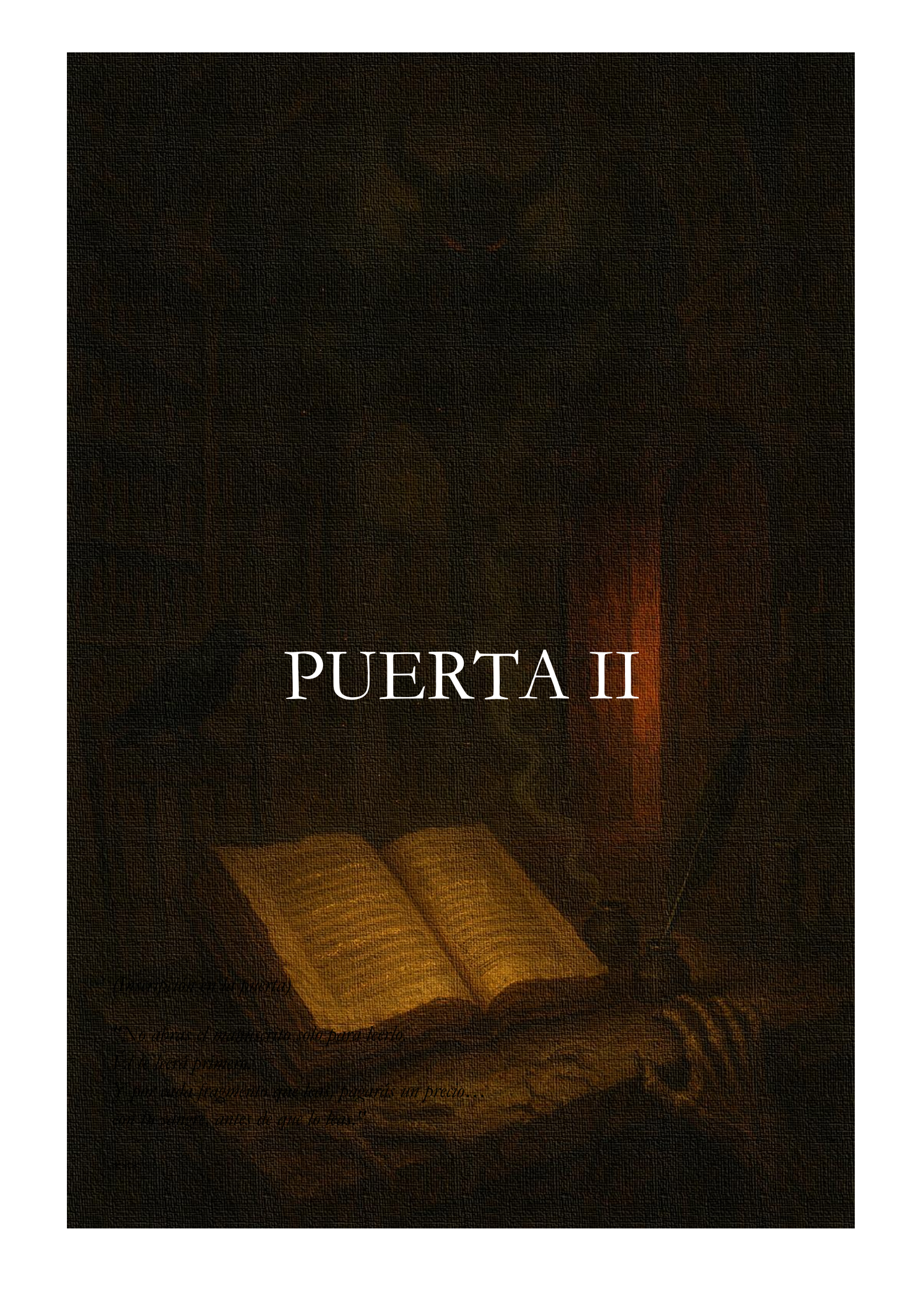
Y con ese acto, la música renació en todo su esplendor".

FIN

<https://www.youtube.com/watch?v=kaxFzYL9VVI>

Para quienes deseen sumergirse por completo en la atmósfera del relato, pueden seguir la música y partitura en este enlace, dejándola sonar en bucle mientras releen y sienten el pulso del ritual.

Si quieres adentrarte en la obra completa, la
encontrarás aquí en Amazon



PUERTA II

(Anunciando en la puerta)

*"No dais el manuscrito solo para leerlo,
sino para imprimirlo."*

*"¿Por qué fragmenta que teales pagaras un precio...
con tu sangre, antes de que lo teas?"*

Corría el año 1229 d.C., en las heladas tierras de Bohemia, gobernada por el rey Otakar I de la dinastía Přemyslida. Entre colinas grises y bosques espesos de pinos que apenas dejaban pasar la luz, se levantaba el monasterio benedictino de Podlažice: una construcción severa de piedra oscura, con muros desnudos y techos inclinados que parecían resistir los inviernos perpetuos.

Los monjes vestían hábitos negros de lana basta, con sogas apretadas al vientre y capuchas que les ocultaban el rostro, más por el frío que por humildad. Al amanecer, sus voces se alzaban en cantos gregorianos, graves y prolongados, pero el claustro —húmedo y sombrío— los devoraba, como si un abismo invisible de rechazo los tragara antes de alcanzar el cielo. Durante el día obedecían la rutina con gestos mecánicos: el pan duro y la sopa aguada al mediodía, los campos arados con manos entumecidas, la copia interminable de manuscritos a la luz temblorosa de las velas. El silencio era un muro inquebrantable, una muralla invisible que ahogaba toda fuga.

Pero cuando la noche descendía como un sudario, el monasterio entero ardía en un incendio que arrasaba a sus moradores en secreto. Cada celda se convertía en un confesionario sin Dios, y cada cuerpo era una antorcha viva que se agitaba bajo el peso del hábito, del hambre y de la culpa. Entre muros ásperos y húmedos, las pesadillas abrazaban al deseo: labios invisibles besaban sus párpados, pieles fantasmales rozaban sus manos crispadas, y voces femeninas y masculinas, nunca oídas, les susurraban promesas de un goce eterno prohibido.

Negando esas visiones y deseos al amanecer, llamándolas pruebas del demonio, alzaban látigos de soga contra su propia carne. Sin embargo, las marcas rojas en sus espaldas no apagaban el fuego: lo avivaban. En el silencio nocturno, los gemidos reprimidos se confundían con rezos desgarrados, y el claustro entero vibraba con un murmullo de lujuria disfrazada de penitencia.

Los muros mismos parecían inflamarse, respirando un calor extraño, como si lenguas de fuego lamieran la piedra desde dentro. El monasterio entero era una hoguera de deseo encubierto, un templo que aparentaba pureza mientras ardía lascivamente por dentro. Las sombras proyectadas por las velas parecían cuerpos danzando en éxtasis, y en las vigas de madera crujían susurros como si hasta la arquitectura confesara su condena. A lo lejos, los cantos gregorianos del amanecer sonaban siempre como súplicas y lamentos de condenados, y entre cada nota grave latía un secreto que todos compartían, pero nadie confesaba: la carne jamás se

somete por completo al espíritu, y cuando se la encierra demasiado, prende fuego incluso a los muros que la aprisionan.

Mientras en el pueblo cercano se celebraban ferias de invierno con vino caliente, hogueras y máscaras grotescas para ahuyentar a los malos espíritus, en el monasterio se respiraba otra clase de ambiente: el deseo de crear un manuscrito que habría de contener todo el saber conocido, un manuscrito que reuniría las escrituras sagradas y los secretos prohibidos de la alquimia, la nigromancia y la medicina de los antiguos.

En la plaza, bajo las antorchas, los aldeanos bebían y reían, pero el eco de la abadía siempre se colaba en las conversaciones.

—Dicen que los monjes piensan escribir un manuscrito —murmuró una mujer, llevándose una copa a los labios. Al pronunciar la palabra manuscrito, se persignó rápido, como si espantara un mal presagio.

—No un manuscrito cualquiera —corrigió un viejo, con la voz cascada—. Un compendio de todo lo prohibido. Como si quisieran atar el cielo y el infierno en el mismo pergamino.

—Bah, exageraciones de curas —dijo un joven enmascarado, esbozando una sonrisa, aunque sus manos temblaban al alzar el vino—. ¿Quién puede meter tanto mundo en unos pergaminos?

—No lo sé —repuso otro, bajando la voz—, pero anoche juraría que vi luces en la colina. No de velas ni de hogueras... eran como llamaradas verdes que danzaban sin viento.

Un silencio breve se impuso. Dos mujeres se miraron de reojo y se persignaron otra vez.

—Yo también vi algo —añadió una anciana, arrugando el gesto—. Sombras largas, que subían por la ladera como si el monte respirara.

Los más jóvenes rieron para ocultar su inquietud, pero varios se apartaron de la hoguera, haciendo señales con la mano contra el mal de ojo.

—Ese manuscrito aún no existe —dijo finalmente el viejo, clavando la vista en la abadía que se recortaba oscura contra la nieve—. Pero ya lo estamos soñando todos. Y si algo se sueña demasiado... acaba por escribirse solo.

Un viento gélido recorrió la plaza, apagando de golpe varias antorchas. Nadie quiso interpretarlo, pero todos callaron un instante, como si la noche hubiese escuchado demasiado.

El encuadernador del monasterio, un hermano de manos encallecidas por el cuero y la cal, había preparado un volumen desmesurado: tablas de madera de olmo reforzadas con hierro, lomos cosidos con tendones animales y pergaminos de vitela tan grandes que requerían pieles enteras de becerro. Aquello no era un código: parecía más bien un sepulcro de letras.

En el monasterio vivía hacía diez años un escriba, un monje de complexión alta y rostro demacrado llamado Hermanus Monachus. Nacido en Sajonia, hijo ilegítimo de un noble menor y de una campesina, había ingresado al convento siendo apenas un adolescente, más por huir de la vergüenza y del látigo paterno que por auténtica vocación. Su talento para el latín, el griego y el hebreo lo volvió útil como copista, y su memoria retenía pasajes enteros de los Evangelios, los *Physica* de Aristóteles y hasta las fórmulas veladas de los alquimistas árabes que habían llegado a Occidente por curiosidad

Sin embargo, su alma estaba marcada por un sino turbulento. Se decía que Hermanus mantenía correspondencia clandestina con médicos judíos expulsados, a quienes pedía recetas y símbolos prohibidos; que había hurgado en los textos vedados del *Index*, copiando a escondidas fragmentos de necromancia bajo la excusa de cotejarlos con alguno de los Padres de la Iglesia. No pocos monjes juraban haberlo escuchado murmurar, en la quietud de la noche, plegarias invertidas que no podían pertenecer al rezo cristiano. Otros lo acusaban de haber deshonorado con sus ojos el voto de pureza, cuando fue sorprendido contemplando y hablando con deseo a la hija de un mercader que acudía a entregar telas y aceites. Y todavía más oscuro resultaba el rumor de que, en los márgenes de un salterio de su propiedad ya ennegrecido por el tiempo, había escrito un nombre que ningún cristiano en su sano juicio se atrevería a pronunciar...

[Si quieres adentrarte en la obra completa, la encontrarás aquí en Amazon](#)

Índice

PUERTA I – Réquiem de Medianoche en el Monte Pelado

El primer acorde que convoca al rito y te obliga a entrar.

PUERTA II – *Codex Gigas*: El Manuscrito del Diablo

La palabra escrita que jura en nombre de lo prohibido.

PUERTA III – El Museo Silencioso – Cuadros de una Exposición

Donde los muertos respiran en los colores y los recuerdos vibran como notas.

PUERTA IV – Los Puertos en el Río de la Vida y los Fantasma del Olvido

El tránsito de las almas, el viaje que nadie evita y que todo lo reclama.

PUERTA V – El Muñeco de Nieve

La inocencia helada que observa en silencio los secretos de la infancia.

PUERTA VI – Parque de Atracciones del Lago Shawnee

El último umbral, donde la risa y el juego esconden las huellas de viejas tragedias.

Si quieres adentrarte en la obra completa, la
encontrarás aquí en Amazon